

***Hienas en la niebla* (2010) de Juan Morillo Ganoza:  
estrategias narrativas y representación de la Guerra Interna  
librada en el Perú entre 1980 y 2000**

***Frank Otero Luque***  
**Florida International University**  
**USA**

El reconocido crítico literario Ricardo González Vigil considera que *Hienas en la niebla* de Juan Morillo Ganoza [1] es la mejor novela publicada en el Perú en el año 2010 [2]. Trata sobre la guerra interna que se libró en el Perú entre los años 1980 y 2000, aproximadamente; la más grave de todas las guerras en la historia republicana debido a su intensidad, extensión y duración. Este conflicto bélico involucró directa o indirectamente a todos los peruanos, abarcó una vasta parte del territorio nacional, ocasionó incalculables pérdidas materiales y, lo que es peor, dejó un saldo de alrededor de 69.280 muertos (*Hatun Willakuy* 433). Los “actores armados” eran el Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso (PCP-SL) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), por un lado; y, por el otro, las fuerzas represivas del Estado. Sin embargo, fue la población civil indefensa y menos favorecida, especialmente rural y quechuahablante, la que resultó más perjudicada (*Hatun Willakuy* 434).

Diego de la Cruz, el protagonista de la novela, se debate entre consagrarse a la causa revolucionaria y cumplir con las responsabilidades que tiene frente a su familia. Éste es el eje en torno al cual se vertebran otros temas que atañen al ámbito individual del personaje, tales como la frustración que le produce haberse involucrado sólo parcialmente con la revolución, claudicando de alguna manera a sus ideales, y el hecho de sentirse por momentos un traidor debido a ello. Otros temas que aborda la novela son la decepción que siente Diego porque algunos aspectos de la revolución han devenido en terrorismo; la aversión que le producen los métodos violentos de los revolucionarios (aunque piensa que no hay otro camino); su avidez por la lectura de libros iluminadores (muchos de ellos de pensamiento marxista); y el hábito de registrar por escrito los

principales acontecimientos de su vida, simbolizando con ello la imperiosa necesidad de preservar la memoria.

En la novela se distinguen claramente tres líneas narrativas: la biografía de Diego durante su adolescencia; su vida familiar de adulto, tratada como un aspecto biográfico aparte; y su actividad conspiradora enmarcada en un contexto histórico. Con esta estructura, “Morillo logra hacer converger de manera solvente los dos principales niveles ambicionados por los escritores que intentan abarcar la existencia humana en su forma más amplia: la historia social y las historias individuales” (Reyes Tarazona 15). La obra empieza con un “Prólogo” en el que se presenta el drama en *in medias res*. Tras haber sido secuestrado y torturado por la policía, Diego de la Cruz está a punto de ser asesinado. En el siguiente capítulo—“Uno”—se narra que un grupo de insurgentes embosca a Diego y a su ayudante de camión en un paraje de la sierra peruana, involucrándolos luego en el asalto de un puesto policial. Cuando termina este episodio, que es el que pone en movimiento los acontecimientos que desembocarán en la muerte del protagonista a manos de las autoridades policiales, Diego se pregunta: “¿Así es la revolución? ¿Es temple conseguido a fuerza de fe y convicción o simple ferocidad engendrada por altos niveles de fanatismo? ¿Cómo si no se puede ser capaz de desatar una violencia tan ciega y demencial?” (*Hienas en la niebla* 25).

En la percepción de Diego hay un divorcio entre los ideales revolucionarios que lo inspiran—o que solían inspirarlo—y los métodos violentos que rechaza. Si bien ésta pareciera ser la tesis del autor, más adelante podemos darnos cuenta de que no, necesariamente, lo es. Por ejemplo, el personaje de Elías Guevara—el apreciado amigo de Diego y líder subversivo—manifiesta que “la guerra revolucionaria es, como toda guerra, cruenta y feroz, lo cualitativamente diferente es la motivación, los objetivos, la moral con la que la llevas a cabo” (*Hienas* 151). La coexistencia de voces contradictorias en la novela probablemente obedece a la intención del autor de lograr un texto polifónico, en el sentido bajtiniano.

Aunque “la memoria de Diego transcurre por diversas épocas y espacios [...] de la historia peruana, e hilvana su recuerdo con otros personajes que cubren un amplio espectro: desde los años 40-50” (Ángeles s. pág.), el tiempo narrativo de la mayor parte

de la trama corresponde a principios de los años noventa. En ese momento, Diego tiene unos cuarenta años de edad, está casado con Lucila y es el padre de cuatro hijos: el mayor y el menor, varones; y dos niñas intermedias. El protagonista se ha convertido también en un exitoso empresario, pero su aburguesamiento no le impide colaborar ocasionalmente con los insurrectos: “De cuando en cuando, entregabas recados a desconocidos que te esperaban en la carretera o en alguna calle de la ciudad [...] Lo negabas, pero, en [el] fondo, ellos te servían para lavarte la conciencia” (*Hienas* 109).

Con sueños de convertirse en un revolucionario, a los dieciocho años de edad Diego emigra a Lima desde su pueblo natal (no se menciona el nombre), ubicado en la costa norte del Perú. “Allí [en la capital] podías unirte a las brigadas clandestinas de propaganda de la revolución. ¿Podrías luego ir al monte y volver con las barbas largas y el pelo crecido como los guerrilleros de Fidel Castro? [...] [E]ran los tiempos en que se hablaba mucho de Rusia, de China, de Cuba, de guerrilleros” (*Hienas* 84-85). El azar hace que, no bien Diego se baja del camión que lo ha llevado a la capital, conozca a Elías Guevara (cuyo apellido sería un trasunto del Che), un dirigente estudiantil que le proporciona hospedaje y le consigue una credencial para que se alimente en el comedor universitario. En ese entorno Diego se involucra progresivamente con el activismo político de los estudiantes [3].

Tras desempeñarse en varios oficios menores, desde armador de escobas hasta lavador de botellas vacías, cumpliendo largas jornadas laborales a cambio de un salario ínfimo, Diego comprende a cabalidad lo que es ser un proletario. Se siente atrapado por la rutina y se da cuenta de que la cotidianidad lo aleja cada vez más de sus sueños revolucionarios. Más adelante, Elías, que a la sazón es el jefe de una oficina estatal, le ofrece un trabajo de chofer: “[A]traído por Elías, te subiste al carro de la revolución—atestado, en ese entonces, de muchos revolucionarios que, luego de haber estado en el monte con armas en la mano o presos por subversivos, habían sido amnistiados por el gobierno revolucionario de los militares” (*Hienas* 107) [4]. Pero, al poco tiempo, Elías y sus subordinados son despedidos por discrepancias ideológicas con los jefes superiores de aquella oficina. El incidente les da la oportunidad de confirmar que la autodenominada Revolución Peruana no era tal: “[D]espués de la experiencia de

trabajar para el Estado, comprendiste que el gobierno militar seguía agitando las banderas de la revolución para frenar la verdadera” (*Hienas* 108).

Diego consigue, entonces, un puesto de chofer interprovincial y conoce a Carolina—apodada la Buena Moza—, la administradora de un restaurante ubicado al pie de la carretera Panamericana Norte, quien, coincidentemente, no sólo había participado en la vida política de la Ciudad Universitaria, sino que también conocía a Elías, con quien había engendrado un hijo, aunque el padre no lo sabía. Sin admitirlo al principio, Diego se enamora perdidamente de la Buena Moza, pero su amor no es correspondido, debido a que ella y Elías se reencuentran, él se entera de la paternidad del niño, ellos vuelven a ser pareja, y deciden vivir y luchar juntos por la “verdadera revolución”.

En uno de sus viajes de retorno a Lima, Diego halla una maleta repleta de dinero que había sido arrojada al desierto, cerca del camino. Con ese capital inicia su propia agencia de transportes y, con el tiempo, se convierte en un próspero empresario. Sin embargo, se siente mal consigo mismo debido a su falta de compromiso con el pueblo y a su escaso coraje para levantarse en armas en contra de un sistema que considera injusto. En su afán de no claudicar a sus ideales, Diego se involucra a través de Elías con el movimiento subversivo, en calidad de colaborador: “Facilitar un dato, llevar algo delicado en uno de tus camiones, incluso, camuflarlo por unos días en algún lugar de la ciudad sin que se te ocurriera preguntar nada, eran los imprevisibles encargos que te dejaban los contactos” (*Hienas* 32).

Por aquellos tiempos, “los militares tenían la certeza de que todo estudiante es un subversivo” (*Hienas* 128-29), y la policía arresta al hijo mayor de Diego y a algunos de sus amigos, acusándolo falsamente de poner bombas. Era cierto que estos muchachos tenían una actitud contestataria en contra del gobierno [6], pero eso no los convertía en terroristas y, aunque lo hubiesen sido, tampoco justificaba el trato inhumano que recibieron de parte de la policía antisubversiva: “[Y]o fui arrestado y torturado terriblemente, y el más loco y hablanchín de todos encontrado muerto en una playa” (*Hienas* 420) [7]. A raíz del arresto y de la tortura de su hijo, y del asesinato del amigo de éste, Diego adquiere plena conciencia de que su colaboración con los insurrectos pone en peligro a su familia y decide ponerle fin a ese vínculo: “[D]e ahí en adelante, no

quedaba[n] libre de riesgos, ni él, ni los muchos jóvenes que estudiaban en la universidad, ni tú. Tenías que cortar con los contactos porque si caías, volvería a caer entonces tu hijo y entonces no tendrían salvación. No eras militante y tu familia estaba por encima de todo” (*Hienas* 111). En la dependencia central de la lucha contra el terrorismo, Diego clama la inocencia de su hijo, pero le piden “pruebas de la equivocación” que, en el supuesto negado, habría cometido la policía (*Hienas* 131). Además de la angustia, de la sensación de impotencia, y de soportar vejámenes y humillaciones, obtener la libertad de su hijo le cuesta a Diego la suma de 6.300 dólares americanos en sobornos a las autoridades, encarnadas en los personajes del comandante Blanco y del oficial de alto rango, no uniformado, que funge de intermediario en las negociaciones. Una vez que el muchacho queda libre, Diego lo envía a estudiar a París con el propósito de alejarlo del peligro.

Es la década de los noventa y han transcurrido casi veinte años desde que Elías y la Buena Moza se marcharon al campo y pasaron a la clandestinidad. Desde hace mucho tiempo Diego ha perdido toda comunicación con ellos. Con la quimérica ilusión de encontrarlos, dos o tres veces al año viaja a la sierra en un camión con el pretexto de comprar productos agrícolas para negociarlos en Lima. En uno de esos viajes, Diego y su ayudante son emboscados por subversivos, quienes los obligan a participar en el asalto a un puesto policial. Este evento, por demás sanguinario, echa por tierra las convicciones revolucionarias de Diego, porque se siente asqueado de la violencia extrema empleada por los terroristas. Por su desconfianza en las autoridades policiales, Diego decide no presentar la denuncia respectiva, contrariamente a lo que le sugería su ayudante: “¿Denunciar lo que nos ha pasado? ¿Cómo se te ocurre? Ni que estuviéramos locos, ¿Y cómo les vamos a demostrar que no somos cómplices? ¿No sabes que por una simple sospecha te pegan un tiro o te sepultan en la cárcel?” (*Hienas* 25). Al final de la novela, se revela que el ayudante era un policía encubierto.

A los pocos días de la emboscada y del asalto al puesto policial, Diego es arrestado y llevado a un calabozo, en donde lo torturan y lo mantienen incomunicado.

Cuando le pregunta a uno de sus torturadores por qué lo tienen secuestrado, en vez de responderle éste le arroja un periódico a la cara:

Cuando empiezas a darte cuenta de las cosas una ola de terror te paraliza [...] [E]mpiezas a leer: Cae en Lima siniestro bastión del terrorismo [...] Conocida agencia de transporte era tapadera de un nido de subversivos que planeaban reiniciar acciones en todo el país [...] Gerente, hoy en la clandestinidad, dirigió personalmente, hace poco, toma de puesto policial en [la] Sierra Central [...] Joven agente del servicio de inteligencia infiltrado en la agencia descubrió siniestro plan que buscaba ensangrentar de nuevo el país [...] Rastros de caja fuerte encontrada abierta hacen pensar que [el] gerente alcanzó a llevarse [una] cuantiosa cantidad de dinero en efectivo [...] Esposa cómplice logra huir. Se presume que también ha pasado a la clandestinidad [...] Hijo mayor con residencia en Europa, enlace internacional de la subversión. (*Hienas* 406-7)

El terror que experimenta Diego al tomar consciencia de su desamparo hace que, mediante “rememoraciones libres, gatilladas por la situación de indefensión y carcelería que vive el personaje central, consecuencia de la ‘guerra sucia’ y sus arbitrariedades” (Ángeles s. pág.), evoque, por ejemplo, la masacre de La Cantuta, un hecho macabro que ilustra la manera en que algunos paramilitares—en este caso, miembros del denominado Grupo Colina—violaban los derechos humanos y cometían crímenes de lesa humanidad [8].

Finalmente, cuando Diego se entera de que su esposa también ha sido “desaparecida” y presiente la inminencia de su propia muerte a manos de las fuerzas antsubversivas, se arrepiente de haber claudicado a sus ideales y a sueños revolucionarios: “Y si estos te van a matar, ¿no hubiera sido mejor meterse a la candela, como decía Elías, para darle sentido y dignidad a tu muerte? ¿Qué sentido tenía morir así, inculpado de hechos que más valiera que los hubieras cometido?” (*Hienas* 244).

Diego lleva aproximadamente un año de haber muerto cuando es relatada su historia. Al final de la novela el lector descubre que el narrador es el hijo mayor de Diego, cuyo nombre nunca es mencionado. Es también en ese momento cuando cobra sentido que 410, de un total de 449 páginas de extensión que tiene el libro, estén escritas en segunda persona y, en ocasiones, en estilo indirecto libre. Indiscutiblemente, la

narración en segunda persona tiene la finalidad de que el lector se identifique con Diego, el protagonista del drama: “Narrar todo en segunda persona le permite [al hijo de Diego] sentirlo vivo [a su padre] [...] Pienso que dicho recurso, además, envuelve mejor al lector, como interpelándolo desde la narración misma” (Ángeles s. pág.).

La historia de Diego a la que los lectores tenemos acceso es la recreación literaria hecha por su hijo mayor a partir de las cartas y de los cuadernos autobiográficos que su padre le había enviado a París. Si bien, para escribir las memorias de su progenitor el muchacho debe recurrir a sus propios recuerdos, porque se le han extraviado los cuadernos, así como a las referidas cartas, el hecho de que los principales acontecimientos de la vida de Diego hayan sido escritos y reescritos refuerza la credibilidad de la historia [9]. Adicionalmente, que el hijo mismo haya sido una víctima del terrorismo de Estado, supuestamente le permite imaginarse con fidelidad la sofocante angustia y el terrible miedo que debió de haber sentido su padre cuando se hallaba detenido e incomunicado en uno de los calabozos de la policía, antes de que lo asesinaran.

Cabe destacar que, aunque la novela está escrita en segunda persona y el narrador no es el protagonista, hábilmente se mantiene el punto de vista de Diego. Es a través de sus ojos que los lectores percibimos el mundo narrado. Este personaje es presentado como un ser idealista, cuya colaboración con un movimiento subversivo violento y sanguinario no está reñida con sus rasgos de nobleza. Por ejemplo, Diego posee un gran sentido de familia, es un amigo fiel y confiable, y es un patrón que no explota a sus trabajadores sino, por el contrario, les paga un sueldo digno y les proporciona una buena cobertura de beneficios sociales. Pero en donde más se destaca la nobleza de Diego es, quizás, en la buena disposición y tierna actitud que manifiesta hacia Cholito, su hijo menor, quien padece de una discapacidad mental severa: “Era simplemente un dolor clavado en tu vida y siéndolo, lo querías a morir” (*Hienas* 151). Las nobles cualidades que posee el protagonista probablemente hacen que el lector promedio llegue a identificarse con él.

Aunque en la Guerra Interna los bandos armados subversivos eran Sendero Luminoso y el MRTA, no se les menciona con identidad propia en *Hienas en la niebla*.

De hecho, el relato está focalizado en el terrorismo de Estado, cuyos actores son equiparados a las fieras carroñeras que alude el título de la novela y que terminan asesinando al protagonista. Por otro lado, la “niebla”—el segundo sustantivo que completa el nombre de la obra—, representa “la confusión social, de turbidez ideológica, de opresión ambiental en que viven inmersos los peruanos en los años de la guerra interna” (Reyes Tarazona 11). La Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) da cuenta de la densa atmósfera que se respiraba en el Perú durante esa época: “Cualquiera podía ser víctima en las zonas afectadas por la violencia, o eso era, al menos, lo que hacía creer la conducta de los actores armados. Ese temor, prolongado en el tiempo, se transformó en angustia, esto es, en la percepción de un riesgo impreciso, pero siempre inminente, que perturbaba la vida cotidiana” (*Hatun Willakuy* 355).

En la novela, el comandante Blanco, el oficial no uniformado y los torturadores de Diego son el epítome de la corrupción, del abuso y de la arbitrariedad con que actuaban algunos miembros de las fuerzas represivas del Estado. El siguiente diálogo, que más parece un soliloquio, corresponde a una conversación que tiene uno de los referidos torturadores con un colega, y que la víctima escucha desde el calabozo en donde está secuestrado:

Te juro que me siento ahuesado, le dice, mira, a los terrucos [terroristas] les hemos hecho mierda y se puede decir que la guerra se acabó, pero no hay que ser cojudos, no hay que olvidar que el ahogado tira manotazos, que hay intentos de volver a las andadas, por eso no entiendo, carajo, que nos tengan aquí como si hubiéramos quedado mancos, yo no sé si tú pero yo soy un perro de presa, un hombre de acción, lo mejor de mi vida fue cuando me la jugué despachándome terrucos al otro mundo, qué carajo, eso sí que era hacer patria [...] [E]s hora [...] de hacer una buena barrida de terrucos en la sierra [...] ¡[P]uta madre, los tiempos de Ayacucho!, eso era diferente, si tenías los huevos bien puestos, la pasabas bien. ¿Te imaginas una misión en la misma mata del terrorismo? Alto riesgo pero total libertad de acción [...] [N]unca te faltaba una buena tanda de terrucos que liquidar de uno en uno, así, pempén, en la nuca carajo, haciendo patria, y luego venía lo otro, las hembritas, que no faltaban. Teníamos todo a nuestro favor y atrapábamos terrucas universitarias y terrucas del campo, y otras que ni de lejos eran terrucas, de todo, qué mierda, muchas de ellas mamacitas sin estrenar, imagínate, cojudo, y para que no quede ni rastro de nada, a toditas las enterrábamos luego de pasarlas por las



armas. Por las dos armas, dirás, cojudo, dice riéndose el otro, a quien no alcanzas a ver. Por supuesto, huevón, hasta la tropa sacaba su tajada, hubieras visto a los cholos, se avivaban y le pedían anuencia al jefe para tirarse a la terruquita vendada a la que después tenían que pegarle un tiro en la cabeza. La guerra era la guerra y hacíamos patria, déjate de huevadas, pero aquí, oh, aquí me siento francamente un ahuesado. (*Hienas* 402-4)

Evidentemente, es condenable que—aun siendo culpable de colaborar con los insurrectos—Diego de la Cruz haya sido secuestrado, incomunicado, torturado y asesinado por las fuerzas de la represión; sin embargo, más víctima que él fue, por ejemplo, Lucila, quien, sin tener vínculo alguno con la subversión, salvo el hecho de ser la esposa de un colaborador, fue “desaparecida” por la policía. Por otro lado, sin otra “culpa” que la de ser un joven contestatario y el hecho de que los investigadores hallaran “volantes contra la incursión militar en las universidades” en la mochila de uno de sus amigos, el hijo mayor de la pareja fue torturado e incomunicado por las autoridades, a las que fue necesario sobornar para que el joven pudiese recobrar su libertad. Recordemos, también, que uno de los amigos del muchacho fue asesinado.

La novela incluye una subhistoria sobre el padre de la Buena Moza, un activista de una rama disidente del APRA [5] y extrabajador en una hacienda azucarera. Por soliviantar a los obreros para que se declaren en huelga, el padre de la Buena Moza no solo es despedido sino que debe huir y permanecer escondido durante varios años para no ser prendido por las autoridades. Finalmente, pierde la vida en el asalto a un puesto policial perpetrado por él y por algunos de sus correligionarios. Sin duda, los personajes de Elías Guevara, la Buena Moza, el padre de ésta y Diego de la Cruz son del tipo *anti-establishment*; es decir, personas que no se identifican con el sistema de gobierno ni con los gobernantes, debido a la corrupción y a la inequidad socioeconómica imperantes, y que, al estar disconformes con el ordenamiento establecido, realizan acciones orientadas a cambiar el *statu quo*. Elías, por ejemplo, se refiere al Perú como “este país manejado por corruptos, asesinos y ladrones” (*Hienas* 344), en tanto que la Buena Moza rechaza el sistema capitalista al punto de hacer estallar una bomba en las puertas de un banco (*Hienas* 58-61). Diego, por otro lado, en vez de saberse amparado

por las autoridades, se siente amenazado por ellas y su desconfianza empeora aún más cuando secuestran a su hijo, porque queda “marcado para siempre con un odio casi irrefrenable hacia todo militar o policía, llevara o no uniforme” (*Hienas* 96) [10].

Debido a que el tema principal de la novela es la guerra sucia, a los personajes arriba mencionados se les presenta más “humanos” en comparación y contraste con los agentes de las fuerzas represivas del Estado. Por ejemplo, la Buena Moza describe a Elías de la siguiente manera:

Su extremada bondad, su desprendimiento y su entrega a los amigos podía llevar a equívocos [...], pero, conociéndolo de verdad, cualquiera se daba cuenta de que tenía las cosas claras y jamás hacía concesiones cuando se trataba de decidir algo relacionado con la política [...] [P]ero otra cosa era cuando se trataba de sus amigos, abría un marco de comprensión tan grande que daba la impresión de estar actuando casi en los límites de la inocencia y de lo incorrecto. Además de exigente y riguroso, era un militante leal y disciplinado y le gustaba predicar con el ejemplo [...] Dos cosas ponía por encima de todo: la revolución y la amistad. (*Hienas* 49)

La percepción que tiene Diego de Elías es similar a la de la Buena Moza, porque él lo considera un hombre “transparente, confiado y bueno hasta la inocencia” (*Hienas* 175). Esta percepción pareciera no ser cónsona con los rasgos de carácter y personalidad que el mismo Elías deja traslucir a través del siguiente comentario que le hace a Diego acerca de la revolución:

Es una empresa dura y de alto riesgo [...] en la que te metes no solo porque tienes los huevos si no, sobre todo, porque tienes la convicción de que ella encarna tus sueños de justicia y libertad [...] Para embarcarte en ella, tienes que ser un individuo teórica y anímicamente preparado, sin esto, no se puede enfrentar al hecho de que tengas que matar no a los riesgos de ser capturado, torturado, desaparecido o muerto, es la revolución, hermano, una guerra jodida que se propone acabar con el sistema, ¿te das cuenta? [...] [N]o hay otra alternativa, las condiciones objetivas están dadas. (*Hienas* 343-44) [11].

John P. Gabriele explicaría esta aparente contradicción en la personalidad de Elías, describiendo a los terroristas como figuras “desconcertantes y polivalentes”. Gabriele alude a Taylor para desarrollar esta calificativo:

Los terroristas tienen más de un perfil. Son, como demuestra Maxwell Taylor, personajes multifacéticos. Pueden ser hombres o mujeres, jóvenes o mayores, de origen urbano o rural, fanáticos religiosos o políticos, defensores de la libertad o representantes de la opresión, miembros de una banda terrorista o individuos sin ninguna afiliación de grupo. Hay quienes los elogian como héroes que están dispuestos a defender su causa hasta la muerte. Pero para otros son personas indignas, despreciables y repugnantes que causan muertes y destrucción innecesarias (122-34). (26) [12]

La Buena Moza es un personaje más complejo que el propio protagonista y que Elías. El lector tiene la posibilidad de conocerla mejor que a los otros dos debido a que ella se expresa en los diálogos que tiene, principalmente, con Diego. Por ejemplo, en una conversación con él, la Buena Moza se autodefine como una hija responsable en relación con su madre. Asimismo, se preocupa por el bienestar de su hijo, a quien, lamentablemente, no puede criar al lado suyo porque debe trabajar largas horas, en un lugar aislado, en donde el niño no recibiría ni la atención ni la instrucción que necesita:

Simplemente soy una mujer pobre [...] con una madre tullida a mi cargo y un hijo de siete años que está desde hace un año al cuidado de la familia de un hermano de mi madre, en la capital. Lo trajeron hace un año, antes de mandarlo a la escuela, y me dio pena no haber podido dedicarme a él, atenderlo. El pobre debe de haberse aburrido de soledad mirando estos arenales. Cuando le tocó irse, al verlo indiferente, poco apegado a mí, me entraron los remordimientos y quise irme con él, acompañarlo en el viaje, pero no sé qué me dio volver a Lima luego de vivir lo que viví allí. (*Hienas* 37)

Por la propia boca de la Buena Moza los lectores también nos enteramos de que, en su juventud, cuando colocó la bomba en las puertas de un banco—acción que la convirtió, automáticamente, en una terrorista—, carecía de convicciones ideológicas. Sencillamente, se dejó arrastrar por una causa que no comprendía a cabalidad [13]:

[E]l año en que estallaron las guerrillas, yo seguía en las mismas, entusiasmada con las prédicas y acoplada a las revueltas callejeras, creyendo en todo eso pero sin atreverme a asumir un compromiso mayor, no porque tuviera miedo sino porque me faltaba la fuerza de la convicción, no me creía preparada, la masa de pobres y explotados por los que había que luchar no cuajaban en mi cabeza como debían cuajar: como una realidad deplorable y patética. (*Hienas* 49)

Según Georges-Abeyie, “[e]l terrorismo le proporciona a la mujer cierta oportunidad de liderazgo y fuerza política que no puede conseguir en la sociedad [...] [E]s una forma de rechazar el papel estereotípico de la mujer sumisa y subordinada” (77). La aseveración del criminólogo armoniza con los comentarios que la Buena Moza le hace a Diego acerca del limitado papel que muchas mujeres desempeñan en una sociedad eminentemente patriarcal, como la peruana:

Bien vistas, con toda su intrascendencia y su carácter alienante, las tareas domésticas hacían posible la vida [...] Eran una necesidad no bien valorada por quienes proclamaban la liberación de la mujer [...] ¿[N]o era igualmente alienante para una mujer proletaria pasarse ocho horas o más al día frente a un telar, una máquina, una palanca o una faja mecánica, sin posibilidad de matizar la tarea? Ganaban un salario pero anulaban sus sueños y, encima, al volver a casa, les esperaba el íntegro de las tareas domésticas. Ganar dinero no las liberaba [...] Tal vez lo alienante estaba en el caso de que esas tareas —incluso otras que se cumplían en oficinas o cualquier lugar fuera del hogar— frustraran la vocación intelectual de una mujer. (*Hienas* 61)

Pero, ¿qué diferencia a un terrorista de un revolucionario o de un guerrillero? En el ámbito internacional, Nelson Mandela, por ejemplo, quien al principio consideraba que “a nonviolent strategy for political change that focused on mass civil disobedience was the most effective weapon in the struggle against apartheid” (Brookfield 101), posteriormente fue uno de los principales dirigentes de La Lanza de la Nación, una organización clandestina en la lucha armada contra el *apartheid*. “Claiming that the government's actions had forced his hand; Mandela moved reluctantly to urge the ANC [African National Congress] to take up arms, in particular to conduct a campaign of sabotage against power stations, arms depots, and communications networks” (Brookfield 102). Y aunque Mandela fue condenado en 1964 por realizar actos terroristas, en 1993 recibió el Premio Nobel de la Paz, conjuntamente con Frederik Willem de Klerk, “for their work for the peaceful termination of the apartheid regime, and for laying the foundations for a new democratic South Africa” (“The Nobel Peace Prize 1993” s. pág.).

En una entrevista con Abelardo Sánchez-León, publicada en septiembre de 2003, Fernando Rospigliosi, quien fuera Ministro del Interior del Perú, declara lo siguiente:

[E]l concepto de terrorista también tiene un significado político [...] [E]n la década del 80 hubo gran debate sobre si se calificaba a Sendero Luminoso y al MRTA como terroristas. No cabe duda de que ellos cometían actos terroristas, pero también se les calificaba de subversivos, de guerrilleros [...]. La definición de terrorista para estos grupos fue muy importante en el camino de aislarlos [...] Calificarlos como terroristas era ponerles una lápida encima, políticamente. (Rospigliosi s/pág.)

Existiría consenso académico en la siguiente definición de terrorismo formulada por Schmid (entendiendo que se refiere a Alex Schmid), en 1988, y que ha sido acogida por las Naciones Unidas:

Terrorism is an anxiety-inspiring method of repeated violent action, employed by (semi-) clandestine individual, group or state actors, for idiosyncratic, criminal or political reasons, whereby—in contrast to assassination—the direct targets of violence are not the main targets. The immediate human victims of violence are generally chosen randomly (targets of opportunity) or selectively (representative or symbolic targets) from a target population, and serve as message generators. Threat-and-violence based communication processes between terrorist (organization), (imperiled) victims, and main targets are used to manipulate the main target (audience(s), turning it into a target of terror, a target of demands, or a target of attention, depending on whether intimidation, coercion, or propaganda is primarily sought. (s. pág.)

Retomando la novela de Morillo, en ella se relata que “[e]l APRA había hecho un pacto electoral con sus enemigos” y que el padre de la Buena Moza, “conjuntamente con otros apristas de la guardia vieja, creyéndose traicionados por el jefe y los altos mandos del partido, se apartaron de la vida partidaria y juraron no solo recuperar la fe en los principios revolucionarios primigenios sino también emular las acciones heroicas de quienes ofrendaron su vida en la revolución de 1931” (*Hienas* 44-45). Es claro que el padre de la Buena Moza era un subversivo, incluso un guerrillero y que, como tal, empleaba la violencia, pero no cometió crímenes de lesa humanidad. De acuerdo con la definición que proporciona la CVR, “[l]os crímenes de lesa humanidad hacen referencia

a actos contra la vida y la integridad personal, actos de tortura y actos contra la libertad individual, entre otros, que para ser tales deben ser perpetrados contra la población civil y haberse practicado de una manera sistemática o reiterada en un tiempo de paz o en el curso de un conflicto armado de cualquier índole” (*Hatun Willakuy* 33). El padre de la Buena Moza no arremetió contra blancos—personas o instalaciones—civiles sino militares.

Si bien en *Hienas en la niebla* “hay un intento de recreación exhaustiva de una época, de un espacio social, con sus personajes, ambientes e incidencias propias del momento y del ámbito en que se desenvuelven” (Reyes Tarazona 12), de ninguna manera Diego de la Cruz representa al ciudadano común. Mientras que el protagonista colaboraba con los insurrectos en favor de la causa revolucionaria en la que creía, el grueso de la población peruana—no obstante verse, en ocasiones, obligada por las circunstancias a apoyar momentáneamente al contendor más fuerte [14]—se abstuvo de tomar partido por alguno de los bandos armados enfrentados. Si al inicio Sendero Luminoso logró persuadir ideológicamente a muchos de sus seguidores, las víctimas que sobrevivieron a la violencia demencial de esta organización subversiva se desengañaron de que ésta representara una genuina propuesta de cambio [15]. La CVR ha contribuido significativamente a reivindicar y a dignificar a las víctimas que, de otro modo, habrían guardado silencio por el temor a las represalias. De no haber sido por la CVR, que recibió las denuncias y escuchó los testimonios de, aproximadamente, 17 mil víctimas, probablemente sus dramáticas historias individuales habrían estado condenadas al desconocimiento y al olvido.

Roberto Reyes Tarazona hace notar que “el tema de la guerra interna, después de una década de haber captado la atención de escasos narradores, hoy es motivo de interés de muchos escritores” (16). Asimismo, a mediados de los años ochenta, en el cine ocurrió una explosión similar a la que se dio en la literatura (Barrow 1). Sin embargo, los temas, las denuncias sociales y el punto de vista de cada novela o película son distintos. Andrea Fanta Castro señala que el hecho de privilegiar ciertas historias sobre otras “es lo que nos ayuda a explorar la dimensión política de las narrativas” (29).

*Hienas en la niebla* es una representación literaria bastante fiel, aunque parcial, de casos que ocurrían en los años de la Guerra Interna, ya que el relato está focalizado en el terrorismo de Estado del que son víctimas Diego y sus familiares. Sin embargo, debido a la complejidad que revisten tanto el tema de la Guerra Interna como su representación, por más vocación totalizante que tenga una obra individual, es imposible que por sí sola pueda abarcar todas las variables del conflicto y presentarlas desde todos los ángulos; por ejemplo, los traumas que sufrieron muchos militares y paramilitares involucrados en prácticas de guerra sucia [16], el sufrimiento de aquellos civiles que fueron obligados por Sendero Luminoso a enrolarse en sus filas [17], y un largo, larguísimo, etcétera. La imposibilidad de una representación totalizante de la Guerra Interna hace imprescindible que—para preservar la memoria con la finalidad de aprender de los errores del pasado para no repetirlos—se produzca un corpus literario, cinematográfico y demás, cada vez más robusto y comprometido, que, en conjunto, cubra un amplio espectro de las experiencias vividas durante ese oscuro episodio de la historia que ha repercutido para siempre en la vida social, cultural, política y económica de todos los peruanos.

© Frank Otero Luque

## Notas

[1] Juan Morillo Ganoza es un escritor, profesor y periodista peruano. Nació en Taurija, provincia de Pataz, departamento de La Libertad, en el año 1939. En su juventud formó parte del Grupo Trilce, integrado por Eduardo González Viaña, Jorge Díaz Herrera y Santiago Aguilar, entre otros (Reyes Tarazona 9-10). También formó parte del Grupo Narración, que “congregó, entre 1966 y 1976, a importantes escritores peruanos de varias generaciones: Oswaldo Reynoso, Antonio Gálvez Ronceros, Miguel Gutiérrez (líder e ideólogo del grupo), Gregorio Martínez [y] Roberto Reyes, entre otros (Ágreda s. pág.). Morillo Ganoza cursó estudios superiores en la Universidad de Trujillo. Ejerció la docencia en varias universidades peruanas y fue jefe de edición del Diario La Crónica, en Lima. Desde 1978 reside en la República Popular China, en cuyo 50° aniversario de fundación le fue otorgado el Premio de la Amistad. En ese país, Morillo Ganoza trabajó como profesor de lengua española y literatura hispanoamericana en el Instituto de Lenguas Extranjeras de Pekín (actual Universidad de Estudios Extranjeros), así como corrector de estilo y editor de la programación en español de Radio Internacional de China. Además de *Hienas en la niebla* (Lima: Universidad Ricardo Palma, 2010)—la novela que analizo—, Morillo Ganoza ha publicado las siguientes obras: el libro de cuentos *Arrieros* (1964), el cuento “Pedro y Pilanco”, incluido en *Visión del Perú* (1970) y en la antología *Narrativa peruana 1950-1970* (Madrid: Alianza Editorial, 1973) de Abelardo Oquendo. Bajo el sello de la Editorial San Marcos, publicó las novelas: *Las trampas del diablo* (1999), *El río que te ha de llevar* (2000), *Matar el venado* (2002), *Fábula del animal que no tiene paradero* (2003), *Aroma de gloria* (2005) y *Memoria de un Naufragio* (2009). Su obra más reciente es *La casa vieja* (Lima: Editorial Summa, 2014). César Ángeles L. señala que “uno de los grandes temas de la cantera generacional de la que proviene Morillo [es] el compromiso del escritor, al abrigo de las tesis y la praxis de Jean Paul Sartre” (s. pág.).

[2] Diario *El Comercio* (Lima) del 1 de enero de 2011.

[3] “¿Habría sido posible, sin Elías, que vieras de cerca lo que era la prédica y la práctica de las ideas de izquierda, de la solidaridad y del compromiso político? [...] En esos tiempos entrañables alcanzaste también a entender lo importante que era tener una ubicación en el mundo, es decir, contar con una perspectiva para ver y apreciar las cosas. Tú optaste—en realidad no fue un acto de elección, pues la vida te había orientado desde siempre en esa dirección—por la única perspectiva justa, la de los desposeídos” (*Hienas* 181-82).

[4] El autodenominado Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada es la dictadura militar impuesta en el Perú entre 1968 y 1980. El 3 de octubre de 1968, el general Juan Velasco Alvarado le dio un golpe de Estado a Fernando Belaúnde Terry, el



presidente de la República que había sido elegido democráticamente en los comicios de 1963 para el período 1964-1969.

[5] APRA: Siglas Alianza Popular Revolucionaria Americana, un partido de centroizquierda y antiimperialista fundado por Víctor Raúl Haya de la Torre en 1924.

[6] “Detestábamos el orden y aunque muchos de nosotros carecíamos de una posición ideológica mirábamos con simpatía la prédica política contra el sistema y el poder [...] [C]iertas noches leíamos en el bar, en la calle, en un ómnibus, un poema, una declaración de principios, una proclama literaria, inconscientes de los riesgos que no tardaron en hacerse efectivos” (*Hienas* 420).

[7] “[L]a lucha contra la subversión reforzó en miembros de la policía prácticas autoritarias y represivas preexistentes. La tortura en interrogatorios y las detenciones indebidas, que habían sido frecuentes en el trato con la delincuencia común, adquirieron un carácter masivo durante la acción contrasubversiva [...] [L]as violaciones más graves de los derechos humanos por parte de agentes de la policía fueron: ejecuciones extrajudiciales, desaparición forzada de personas, torturas, tratos crueles, inhumanos o degradantes” (*Hatun Willakuy* 441, Conclusión N°46).

[8] El 18 de julio de 1992 fueron secuestrados y asesinados nueve estudiantes y un profesor de la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle—ubicada en La Cantuta, un lugar en la periferia rural de Lima Metropolitana—, en cuyo consejo estudiantil había militantes de Sendero Luminoso.

[9] Fanta Castro sostiene que “la escritura que recupera una cierta memoria ausente es, en sí misma, un acto político” (29).

[10] Diego desconfía de la policía en distintas ocasiones. Por ejemplo, cuando halla la maleta con dinero y no informa el hallazgo; y también cuando es emboscado por terroristas y es obligado a asaltar un puesto policial, pero decide no denunciar el hecho. César ángeles L. interpreta que no lo hace “porque secretamente está apoyando acciones senderistas” (s. pág.); es decir, más que por desconfianza, porque tiene algo grave que ocultar.

[11] “En las universidades, sindicatos, escuelas [...] los senderistas —los hombres rojos— se atribuían una superioridad moral que los hacía despreciar al resto de la gente. Ellos se sentían los elegidos, los íntegros, los iluminados, los buenos” (Portocarrero, *Razones de sangre* 69).

[12] Gabriele se refiere a: Taylor, Maxwell. *The Terrorist*. Londres: Brassey's Defense Publishers, 1988.

[13] La propuesta de Sendero Luminoso “fue muy atractiva para jóvenes desgarrados, náufragos a la deriva, que no sabían cómo orientar su inquietud y su libertad” (Portocarrero, *Profetas del odio* 181).

[14] En las comunidades rurales, “[p]ara salvar la propia vida, los pobladores se veían obligados a colaborar, habitualmente con comida o con alojamiento, con el PCP-SL y con las fuerzas de orden. En muchos casos, estas colaboraciones forzadas fueron castigadas con la muerte por la otra parte” (*Hatun Willakuy* 358).

[15] “[E]l PCP-SL suscribió las tesis maoístas y convirtió a las zonas rurales del Perú en el escenario principal del conflicto. Sin embargo, no tomó en cuenta las necesidades y aspiraciones económicas del campesinado, ni sus organizaciones propias ni sus especificidades culturales, y convirtió, más bien, a los campesinos en ‘masa’ que debía someterse a la voluntad del partido. La disidencia individual en la ‘masa’ llevó a asesinatos y aniquilamientos selectivos, y la disidencia colectiva condujo a masacres y arrasamientos de comunidades enteras” (*Hatun Willakuy* 436, Conclusión N°24).

[16] Este tema lo aborda, por ejemplo, el filme *Días de Santiago* (2004) de Josué Méndez.

[17] Este tema lo aborda, por ejemplo, el filme *Paloma de Papel* (2003) dirigido por Fabrizio Aguilar.

## Obras Citadas

Ágreda, Javier. "Jaque perpetuo. 40 años del Grupo Narración". *La República* [Lima] 23 abr. 2007. Red. 24 mar. 2016.  
<<http://www.larepublica.pe/23-04-2007/jaque-perpetuo-40-anos-del-grupo-narracion>>

Ángeles L., César. "Dos novelas sobre la guerra: *Días de fuego* de Fernando Cueto, y *Hienas en la niebla* de Morillo Ganoza". [www.letras.s5.com](http://www.letras.s5.com): Página chilena al servicio de la cultura. Ed. Luis Martínez S. Proyecto Patrimonio (2012): s. pág. Red. 24 mar. 2016.  
<<http://letras.s5.com/can020412.html>>

Brookfield, Stephen. "Radical Questioning on *The Long Walk to Freedom*: Nelson Mandela and the Practice of Critical Reflection". *Adult Education Quarterly* 58.2 (2008): 95-109. Red.

Fanta Castro, Andrea: "Imágenes del tiempo en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince". *Letral* 3 (2009): 28-40. Red.

Gabriele, John P. "Teatralidad y terrorismo en *Los amantes del demonio* de Alberto Miralles". *RILCE: Revista de Filología Hispánica* 29.1 (2013): 25-35. Red.

Georges-Abeyie, Daniel E. "Women as Terrorists". *Perspectives on Terrorism*. Eds Alexander, Yona y Lawrence Zelic Freedman. Wilmington, DI: Scholarly Resources, 1983. 71-84. *Hatun Willlakuy* [Gran relato]: *Versión abreviada del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, Perú*. (2004). Lima: Comisión de Entrega de la Comisión la Verdad y Reconciliación, 2008. Impreso.

Morillo, Ganoza J. *Hienas en la Niebla*. Lima: Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria, 2010. Impreso.

Portocarrero. *Razones de sangre: aproximaciones a la violencia política*. 1998. Fondo Editorial de la PUCP, 2015. Impreso.

---. *Profetas del odio*. 2012. Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 2015. Impreso.

Reyes Tarazona, Roberto. "Presentación". Morillo, Ganoza J. *Hienas en la Niebla*. Lima: Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria, 2010. 9-16. Impreso.

Rospigliosi, Fernando. Entrevista con Abelardo Sánchez-León. "¿Terrorismo y corrupción? Una entrevista con Fernando Rospigliosi". *Revista Quehacer* 143 (septiembre de 2003). Red. 24 mar. 2016. <<http://www.desco.org.pe/node/3602>>

Schmid, [¿Alex?]. 1988. "Definitions of Terrorism - Academic Consensus Definition".  
United Nations. Office on Drugs and Crime. Red. 24 mar. 2016.  
<[http://web.archive.org/web/20071012230930/http://www.unodc.org/unodc/terrorism\\_definitions.html](http://web.archive.org/web/20071012230930/http://www.unodc.org/unodc/terrorism_definitions.html)>

"The Nobel Peace Prize 1993". *The Official Website of the Nobel Prize*. Nobelprice.org.  
Red. 24 mar. 2016.  
<[http://www.nobelprize.org/nobel\\_prizes/peace/laureates/1993/](http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1993/)>